

0665. El amor

No hay modernamente palabra más gastada en nuestros labios que la palabra AMOR. Es, por otra parte, la palabra más sagrada, desde el momento que Dios quiso definirse a Sí mismo diciendo que Él es amor. ¡Lástima que se profane tanto una palabra tan divina! ¡Lástima que se le cambie el sentido sagrado que tiene para llamar amor a lo que es egoísmo del placer! Nosotros queremos pensar del amor, hablar del amor y vivir el amor tal como del amor piensa Dios, tal como de él nos habla Dios, y tal como Dios quiere que vivamos el don que nos ha hecho con el amor.

- *¿Qué piensa usted del amor?*

Una revista hizo esta pregunta a una joven artista europea, símbolo de sus tierras, y la chica respondió emocionada:

- *¿Qué pienso del amor? Un bien inmenso. ¡Tengo veinte años!* (Mireille Mathieu)

Podríamos lanzar ahora nosotros esta misma pregunta ante cualquier auditorio: *¿Qué piensa usted del amor?*, y recibiríamos todos, sin que titubeara nadie, la misma respuesta: *¡Un bien inmenso!* Y es cierto. Pero, con tal que no asociemos el amor a los años de la vida, sino a la juventud del corazón.

Aman el niño, el adolescente y el joven con amor primaveral.

Aman el hombre y la mujer maduros con serenidad profunda.

Aman el ancianito y la viejecita, que han gastado su vida en el amor, y ahora están ya a punto de sumergirse para siempre en el amor infinito y bienaventurado de todo un Dios.

Pero, si no hemos de asociar la idea y la realidad del amor a los años de la vida, mucho menos hay que asociarla a la idea del *placer*. Pensar que amar y gozar son una misma cosa es un tremendo error, que hoy causa tantos estragos en muchas vidas. Amar es dar. Amar es entregarse. Amar es vivir

para el otro. Amar es olvidarse de sí. Y todo esto no es más que la renuncia a todo placer que no sea el placer de dar placer a los demás.

Y otro aspecto del amor. Tomando la comparación del barco de carga, diríamos que el amor es, a la vez, el peso y el timonel de la vida.

Es el peso, el valor, de toda la carga que llevamos dentro. ¿A cuántos millones asciende la mercancía que encierran las bodegas de mi corazón? El peso de mi amor da el valor a todo lo que soy y llevo dentro. Yo valgo lo que vale mi amor. Si amo mucho, valgo mucho. Si amo poco, valgo poco. Si no amo, no valgo nada, no sirvo para nada... Mis acciones valen tanto cuanto vale el amor que pongo en cada una de ellas. ¡El amor es el peso de mi vida! Me basta esta reflexión para poner un empeño grande en saturar de amor todas las cosas que hago.

Por otra parte, el amor es el timonel que guía el barco. ¿A dónde va a parar toda la riqueza que atesoro? ¿Dónde descargaré la fortuna que llevo dentro? Esa mercancía que llena las bodegas de mi corazón, ¿a qué puerto irá a parar, quién se hará con ella?... No tengo más que mirar cómo gobierno el timón y hacia dónde enfilo la proa, para saber mi paradero final, que ojalá sea mi Dios...

Es decir —y dejando ya la comparación del barco—, el amor es quien dirige nuestra vida. Vamos a parar siempre allí hacia donde nos lleva el corazón. De aquí la importancia de escoger bien las metas de nuestro amor: ¿qué debemos amar, a quién debemos amar?...

Todo esto que decimos nosotros no es más que dar la razón al Señor Jesucristo, que nos lo dijo en el Evangelio con una frase lapidaria e inmortal a la par que divina:

- *Donde está tu tesoro, allí también está tu corazón* (Mateo 6,21)

Por eso escogemos bien las metas de nuestro amor, sabedores de que el amor nos engrandecerá cada vez más.

Amor a la Naturaleza, que es amor muy bello, porque afina el espíritu y lleva al Creador.

Amor a la novia, amor al novio, que es el amor más idílico y encantador.

Amor a la familia, que es el amor más limpio.

Amor a los demás, que es amor altruista, amor generoso, amor enriquecedor.

Amor a Dios, que es el amor supremo, amor divino, amor de Cielo...

Cuando el amor sube a grandes alturas, el amor no rebaja nunca a la persona, sino que cada vez la perfecciona más y la realiza más y mejor.

El amor, bien inmenso, es un regalo de Dios, y Dios regala sólo cosas muy buenas...

El amor, bien inmenso, no tiene edad ni es egoísta. Si es puro, el amor es, como el de Dios, un amor siempre joven y generoso.

El amor, bien inmenso, es de un valor incalculable y es el timonel que nos lleva al mismo Dios.

Al definir Juan a Dios diciendo que *Dios es amor* (1Juan 4,16), nos venía a decir que también el *cristiano es amor*, porque los hijos y las hijas han salido iguales que su Padre.

Sí; porque Dios nos ha dado el amor personal de Dios, el Espíritu Santo, derramado en nuestros corazones. Dios no se queda corto en sus regalos, ¡y vaya regalazo que nos ha hecho con el don del Espíritu Santo!...

¡El amor, un bien inmenso!, dijo la artista. La Biblia, Palabra de Dios, dice mucho más y lo expresa de un modo más contundente (Proverbios 8,7): El amor es tan grande, *que merecería el mayor desprecio quien quisiera comprarlo con todas sus riquezas*. Porque vale más, mucho más...